

que ahogaban al guarda. Una nube de humo pasó delante de los ojos de la joven, se oyó en la soledad un disparo, y el hombre á quien odiaba cayó redondo sobre la nieve ensangrentada.

## XV

Cuando, después de seis semanas de enfermedad, la señorita de Croix-Mort recobró el conocimiento, vió cerca de su lecho á su madre de luto riguroso, y á su criada Rosalía también vestida de negro. Se la dijo había tenido una fiebre cerebral. Quiso preguntar, pero se le impuso silencio. Era preciso que descansara, que no pensase nada, que de nada se preocupase, si no quería recaer, con gran peligro de su vida.

Estuvo muchos días postrada en una especie de somnolencia, esforzándose por vencer la pesadez que la abrumaba, y no pudiendo conseguirlo, sin poder levantar sus brazos enflaquecidos, y queriendo, en vano, coordinar sus ideas en la cabeza, que le parecía vacía como el fondo de un pozo inmenso. Una preocupación constante la agitaba; saber donde estaba Billet; qué había sido de él.

Cada vez que pronunciaba el nombre de Billet, su madre gemía y lloraba, y Rosalía, con severidad, la decía:

—Señorita, hace Ud. mucho daño á su pobre madre.

Entonces Edmea se callaba, pensando:—  
“¿Por qué no me quieren responder? ¿Qué me ocultan?”

Una escena recordaba únicamente: la de Billet luchando sobre la nieve con Fernando, y livido, morado, ahogado, cuando sonó la horrible detonación... Oía un disparo, veía el fogonazo, y nada más... Después quería recordar más... ¡Nada! Se agitaba en una obscuridad impenetrable... El mal hombre debía haber muerto, porque su madre y su criada estaban de luto... Pero ¿qué había sido de Billet?

A principios de Marzo reapareció el sol, la temperatura fué más suave, y el médico permitió que se levantase la enferma. Lleváronla delante de la ventana, y volvió á ver con alegría la terraza, el estanque, en el que nadaban los hermosos cisnes, y las masas sombrías de los árboles del parque. Su madre estaba sentada cerca de ella, y leía un periódico. De pronto dejó escapar un grito ahogado, palideció, y arrojando con horror el papel impreso, salió con el pañuelo delante de sus ojos.

Edmea, sorprendida, miró el periódico que estaba en el suelo. Sospechó que debía contener la clave del enigma que ansiaba descubrir. Se levantó con dificultad, dió algunos pasos, cogió el papel, volvió á su butaca, y empezó á leer.

De pronto atrajo toda su atención este nombre: “Billet”. Y al principio del artículo, que llevaba el epigrafe *Tribunales*, leyó las siguientes líneas:

“La semana próxima se verá la causa formada al guarda Juan Billet, acusado de haber asesinado á su amo el señor barón de Ayères.”

Edmea se puso en pie, con un grito que atrajo alarmadas á la Baronesa y á Rosalía. Y mirando á su madre profundamente, señalando al periódico, la dijo:

—¿Ha leído Ud. lo que anuncia ese periódico?

Y como la viuda retrocedía sollozando, continuó Edmea:

—Que vayan á buscar al Juez... No dejaré yo que se condene á un inocente...! No, no; no es Juan Billet el culpable de esa muerte... ¡Mirad, mirad la mano que le mató!...

Y en actitud trágica, levantó la mano, y la sacudió, como si la viera, con horror, empapada en sangre.

La Baronesa lanzó un ¡ay! desgarrador, y salió como loca. Rosalía quiso calmar á su señorita; pero no pudo lograrlo. Si no se encontraba al Juez, Edmea quería que viniera su amigo el Párroco. Reclamaba su presencia con tanta firmeza, con tal violencia, que hubo que ceder y enviar á buscarle.

El anciano vino cerca de noche, y encontró á la joven en una horrible agitación. Tuvo que contarle todo lo que había pasado; que había encontrado á Billet, que la traía desmayada en sus brazos; que el guarda se había declarado espontáneamente autor del homicidio; que había sido preso, y que él mismo, durante la instrucción, había insistido en su primera declaración.

El hecho no había sido presenciado por testigos, pues el guarda no había dicho que allí estuviese la señorita de Croix-Mort. Unos leñadores declararon haber encontrado el cadáver del barón de Ayères, atravesando el camino de Clairefont, y cerca del muerto la escopeta de dos cañones de Billet, que aún tenía un tiro sin descargar.

El Párroco había imitado la discreción terrible del pretendido matador. Había comprendido que el fiel servidor, aun á costa de su vida, quería alejar de su ama toda sospecha

infamante. Y el buen Sacerdote, lleno de remordimientos, estuvo veinte veces á punto de decir la verdad, y sin embargo había guardado silencio.

Edmea oyó al Cura sin pronunciar una sola palabra. Cuando hubo terminado, movió la cabeza, y con lágrimas en sus ojos, dijo dolorosamente:

—¿Y Ud. ha permitido esta injusticia? ¿Ha creído Ud. que yo consentiría en semejante sacrificio?... ¡Pobre Billet! ¡Tan bueno, tan fiel!... Yo debo reparar el mal que él se hace voluntariamente. Llame Ud. á mi madre, y que me preparen coche: Ud. mismo me acompañará, mi querido amigo, á ver al Procurador general.

—Pero, hija mía, en el estado en que se halla Ud., es comprometer su salud y su vida.

—Billet ha comprometido su cabeza.

—No tiene Ud. fuerzas para hacer ese viaje ahora.

—Dios me las dará.

Y ante su madre, inmóvil y muda de horror, Edmea partió con el Cura.

La misma tarde, dictábase auto de libertad en favor de Billet.

El asunto, después de una discreta investigación, fué considerado como un suceso casual, según el dictamen del fiscal. En el mundo ju-

dicial conociéronse las circunstancias en que el barón de Ayères había sido muerto; pero la energía y la sinceridad que demostró la señorita de Croix-Mort, le conquistaron todas las simpatías.

La joven que tanto había padecido moral y físicamente, se restableció muy lentamente. Durante largo tiempo, lánguida y pálida, pareció que se habían agotado todas sus fuerzas.

Cuando se la volvió á ver en Croix-Mort, sus cabellos, negros antes, eran ya blancos. Entre ella y su madre, á primera vista, no había diferencia.

Las dos mujeres continuaron viviendo en Croix-Mort, y no salían nunca más que los domingos para ir á la iglesia, tristes, frías, silenciosas, y separadas siempre por la sombra ensangrentada del buen mozo de la barba de oro.

FIN

